

# **Las memorias autobiográficas: una ventana para conocer la vida diaria de los alumnos colombianos entre 1830 y 1930 \***

**Lina García Vergara** ♦

## **Resumen**

Los diarios personales y las memorias autobiográficas son una fuente excepcional para conocer la vida diaria de los alumnos colombianos. Entre 1830 y 1930 la jornada de estudio de los alumnos internos y externos incluía horas para la misa y la oración, las clases, el repaso de las lecciones, el recreo, las comidas, las lecturas y la revisión del aseo personal. Bien fuera de cinco de la mañana a nueve de la noche en el caso de los internos, o desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde para los externos, cada actividad se cumplía bajo una vigilancia permanente y con una estricta disciplina. El objeto de este artículo es conocer la rutina escolar de los estudiantes colombianos desde la óptica de testigos presenciales, en una centuria donde se emprendieron más campañas educativas que nunca antes en la historia del país.

**Palabras clave:** Educación, alumnos, vida diaria, horarios, moral, refectorio, exámenes, excursiones.

---

\* Artículo recibido el 14 de mayo de 2007 y aprobado el 12 de julio de 2007. Este artículo se deriva de la monografía de pregrado para optar por el título de historiadora “1830–1930: un siglo en la educación de los colombianos contado en primera persona en diarios y memorias autobiográficas”, aprobado en agosto de 2006 por el Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia.

♦ Historiadora de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

### Abstract

The personal journals and autobiographic memoirs provide an exceptional source to know the daily life of Colombian students. Between 1830 and 1930 the schedule of students at both boarding and regular schools included hours for mass and prayer, classes, study hall, breaks, meals, reading and revision of personal hygiene. Be it from five in the morning to nine in the evening in the case of boarding students, or from eight in the morning to five in the afternoon for regular students, each activity was performed under permanent vigilance and with a strict discipline. The aim of this article is to know the school routine of Colombian students from the viewpoint of eyewitnesses, in a century when, more than ever in the history of the country, educational campaigns were undertaken.

**Keywords:** education, students, daily life, schedules, morality, dining hall, exams, field trips.

El siglo XIX en Occidente ha sido considerado el siglo por excelencia de la educación. En el caso colombiano, en dicha centuria se emprendieron más campañas educativas que nunca antes en la historia, pues se concibió la educación como un puente hacia la civilización y el progreso. Después de la Independencia, los dirigentes de la joven república decretaron varias leyes encaminadas a aumentar el número de colombianos que supieran leer y escribir; promovieron la fundación de planteles educativos; destinaron algunos edificios que se habían usado durante las guerras independentistas como cuarteles militares al servicio de la instrucción pública; introdujeron nuevos métodos pedagógicos; reglamentaron el funcionamiento de los centros de enseñanza; prescribieron las materias y libros que se debían usar; medidas encaminadas a promover el desarrollo de la educación en el país.

Desde mediados del siglo XX varios investigadores colombianos y extranjeros como Evelyn Ahern (1947), Frank Safford (1976), Jane Rausch (1976), Jaime Jaramillo Uribe (1980), Aline Helg (1984) y Renán Silva (1989), entre otros, han estudiado la evolución del sistema de instrucción pública y privada en Colombia desde tiempos coloniales hasta la época contemporánea. A partir de la consulta de la legislación, los informes de gobierno y la prensa, estos autores exponen el atraso en materia educativa heredado de la colonia, los cambios introducidos por el general Francisco de Paula Santander en los decenios de 1820 y 1830, el fortalecimiento de la moral, la disciplina y la orientación técnica de la enseñanza según el plan de estudios de 1842, las medidas adoptadas por los gobiernos liberales entre 1863 y 1880 con miras a unificar el sistema de instrucción pública nacional, las consecuencias de la radical y controvertida norma

que instauró la educación elemental laica, gratuita y obligatoria en 1870, las reformas educativas derivadas de la constitución de 1886 y el papel dominante de la Iglesia católica en la orientación de la enseñanza después de la firma del Concordato entre el gobierno colombiano y la Santa Sede en 1887, las modificaciones al sistema educativo en 1892 y en 1903 orientadas a dinamizar el estudio de conocimientos técnico-prácticos que pudieran beneficiar la industria nacional, y el esfuerzo de varios intelectuales en la adopción de nuevas corrientes pedagógicas.

Los estudios publicados a la fecha brindan un panorama general sobre la evolución de la educación en Colombia. No obstante, aún sabemos poco sobre quién tomaba la iniciativa a la hora de fundar planteles educativos, cómo era la dotación de la planta física, el papel de las madres y otros allegados en la enseñanza de las primeras letras, cómo era la vida diaria de los estudiantes internos y externos, su origen social, los métodos pedagógicos que se empleaban, los castigos y los premios, cómo transcurría la jornada escolar, entre otros detalles relacionados con la educación tal como se dio en la práctica. Una ventana excepcional para conocer dichos aspectos de la educación son los diarios íntimos, reminiscencias personales y memorias autobiográficas.

Por razones de síntesis, el contenido de las reformas educativas no se ampliará en el presente artículo, pues es un tema que ha sido objeto de numero-

sos estudios, incluida la monografía de grado “1830–1930: un siglo en la educación de los colombianos contado en primera persona en diarios y memorias autobiográficas”, de la cual se deriva éste artículo; una investigación que logró identificar cerca de 200 títulos de este género de los cuales alrededor de 70 arrojaron datos alusivos a vivencias educativas, tanto las de carácter formal como informal, de alumnos y maestros, testimonios que obviamente varían en cantidad y calidad.

Una mirada general al conjunto de diarios, memorias y autobiografías pone al descubierto una fuente de información valiosa para los estudiosos de la historia. Este tipo de textos brindan la posibilidad de acercarse a los hechos desde la óptica de sus protagonistas. Por otro lado, es una fuente con una amplia variedad temática, allí se aprecian datos sobre las guerras civiles, las tendencias políticas, actividades económicas, los medios de transporte, el aspecto físico de pueblos y ciudades, las relaciones familiares, la alimentación, la indumentaria, las distracciones y pasatiempos. Hay relatos excepcionales sobre el ejercicio profesional de quienes acompañaron al país en sus primeros pasos hacia el desarrollo industrial y cultural.

Para el caso específico de la educación, es una fuente limitada si se pretendiera elaborar series o estadísticas por distintas razones: primero, porque el número total de autobiografías no es representativo en relación con el número de estudiantes a nivel nacional. Se-

gundo, porque la procedencia de los autores es notoriamente desigual, hay un gran porcentaje de antioqueños, seguidos por bogotanos, un menor número de caucanos y santandereanos, y pocos de la región caribe. Además, el hecho de ser historias contadas a partir del recuerdo, implica que datos como las fechas de estudio y referencias concretas de los planteles educativos estuvieran confiados a las entendibles falencias de la memoria. Por último, una comparación de la educación recibida por ambos sexos sería inverosímil, pues la cifra de reminiscencias escritas por mujeres es inferior.

Dichas limitaciones se aminoran si tenemos en cuenta que en el transcurso del siglo XIX y los inicios del XX la escasez de establecimientos públicos era patente, un alto porcentaje de población era campesina y sin recursos suficientes para costear la educación de los hijos, incluso era necesario el trabajo de los menores en las faenas del campo para obtener el sustento familiar, por lo tanto el acceso a la educación era restringido. Del mismo modo, la instrucción femenina tuvo un crecimiento paulatino, hasta el último cuarto del siglo XIX el número de mujeres que recibían educación formal era inferior en relación con el otro sexo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Véase Patricia Londoño Vega, "Educación femenina en Colombia, 1780–1880", en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 31, No.37, Bogotá, 1994, pp. 46–56.

Si a la poca oferta de planteles educativos, a la supremacía de jóvenes campesinos de escasos recursos y al pausado ingreso de la mujer en el sistema educativo, le sumamos el hecho que no todas las personas escriben memorias autobiográficas, dado que es un género reconocido por resaltar la participación del autor o autora en sucesos loables (de ahí la abundancia de testimonios de expresidentes, reconocidos literatos, políticos y militares), comprendemos porque es inviable hacer un estudio numérico de la educación a partir de esta fuente bibliográfica.

No obstante, la rica información obtenida de las reminiscencias personales revela una nueva faceta de la educación impartida en Colombia entre 1830 y 1930. Dichos testimonios complementan las investigaciones realizadas hasta la fecha sobre ese tema y periodo, estudios que basados casi exclusivamente en documentación oficial, habían descuidado esa otra cara de la educación, es decir, la experiencia diaria de los estudiantes, quienes vivieron en carne propia las consecuencias reales de las reformas educativas, la ausencia de escuelas, las penurias económicas, la rutina escolar; quienes conocieron al maestro decimonónico, leyeron los textos de enseñanza de la época y sintieron el "rejo a cu...ero pelao" sobre su piel.

Llama la atención entre los distintos temas enunciados en los diarios íntimos y memorias autobiográficas, las discrepancias en la oferta de cursos de un establecimiento a otro, sobre todo en la educación primaria y secundaria. Así

figura en las reminiscencias personales de alumnos que salieron de la escuela elemental y apenas sabían deletrear el abecedario y ejecutar algunas sumas y restas, siempre y cuando los guarismos no pasaran de dos. Otros alumnos con la misma trayectoria de los anteriores, no sólo leían y escribían fluidamente, sino que balbuceaban idiomas extranjeros. Las fallas del sistema van más allá de la instrucción heterogénea de profesores y estudiantes. En los métodos utilizados para la enseñanza, se observó el contraste entre la legislación educativa que proscribía los correctivos físicos como la férula, y la reiterada alusión de los autores de las memorias no sólo a la férula, sino a la “pretina”, el “rejo”, la “palmeta” y el “yolombo”.<sup>2</sup>

En las siguientes páginas veremos desde el punto de vista de testigos presenciales la vida cotidiana y las rutinas escolares de los alumnos internos y externos, las prácticas religiosas, los horarios, refectorios, los temidos exámenes, los solemnes actos públicos de clau-

sura del año escolar, las excursiones y otra miscelánea de asuntos del mundo estudiantil en Colombia durante esa centuria.

### Alumnos internos y externos

Durante el siglo XIX muchos jóvenes de poblaciones apartadas viajaban a los principales centros urbanos, especialmente a la capital del país, a realizar los estudios secundarios y superiores. Los que tenían familiares o personas allegadas en Bogotá eran matriculados como alumnos externos, pero la mayoría cursaban sus estudios en calidad de internos.

El bogotano José Manuel Marroquín, quien llegaría a ser un reconocido docente, escritor de textos pedagógicos y presidente de la república en dos ocasiones (1898, 1900–1904), describe en su autobiografía algunas actividades en la rutina de un alumno interno entre 1840 y 1845 durante su estadía en el Seminario Conciliar de Bogotá. En di-

<sup>2</sup> Durante las dos primeras décadas de vida republicana, la legislación no fue clara respecto a los métodos de enseñanza que debían adoptar los maestros. Desde el decenio de 1820 el gobierno prescribió el uso de los castigos en los planteles educativos, prohibió la férula y restringió el azote. Sin embargo, muchos testimonios revelan que éstos métodos represivos siguieron en boga. En el plan de estudios de 1842 la pedagogía fue una de las prioridades. El Ministro del Interior, Mariano Ospina Rodríguez, principal vocero de dicha reforma educativa, insistió en que el estudio debía resultar agradable para los alumnos, rechazaba los castigos severos y el uso de la férula, y consideraba un deber de los maestros hacer que los estudiantes

le perdieran el miedo a la vida escolar. Véase Jaime Jaramillo Uribe, “El proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea”, en: *Manual de Historia de Colombia*, tomo III, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978–1980, pp. 256, 262–263; Martha Cecilia Herrera, “La educación en la historia de Colombia”, en: *Gran Enciclopedia de Colombia*, tomo V, *Cultura*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1992, p. 65; Olga Lucía Zuluaga, “Escuelas y colegios durante el siglo XIX”, en: *Historia de Antioquia*, Medellín, Suramericana, 1988, p. 356; Evelyn Ahern, “El desarrollo de la educación en Colombia: 1820–1850”, en: *Revista Colombiana de Educación*, No. 22–23, Bogotá, 1991, p. 69.

cho plantel el día jueves los alumnos tenían derecho a un “asuetto” o descanso en las horas de la tarde, que usualmente él y sus compañeros aprovechaban para elevar cometas en las afueras del colegio. Los sábados les correspondía el “registro de rosarios y uñas”. Para verificar que los estudiantes tuvieran puesto el rosario a la manera de un collar, debían hacer una fila y desabrocharse la camisa mientras el maestro pasaba observando a cada uno. El que no lo tuviera recibía en castigo cuatro ferulazos. Según Marroquín era común,

“que algún alumno menos piadoso o menos precavido no lo llevase al cuello, y entonces, con una velocidad telegráfica, se pasaba la voz y se pedía el suyo a alguno de los ya registrados, y éste se lo quitaba en un abrir y cerrar de ojos, y en otro cerrar y abrir pasaba el rosario de mano en mano hasta las del desavisado escolar que lo había menester, eludiéndose así el castigo [...]”<sup>3</sup>

En cuanto a las uñas,

“Un sábado, ay de mí, fueron las mías pesadas en la balanza de la justicia del maestro y fueron halladas, no faltas, sino sobradamente crecidas, y don Fructuoso cogió mis dedos entre su mano, haciendo de ellos como un hacecillo y procurando que todas las

demasías quedaran a un mismo nivel, y descargó sobre el conjunto un furibundo palmetazo, que hizo desaparecer lastimosamente el superávit de cada uña quebrándolas todas y dejándolas a flor de dedo.”<sup>4</sup>

La jornada de estudios de los alumnos internos era larga y ajetreada. Desde el alba empezaban a hacer los deberes o tareas, al caer la noche cenaban y se iban a dormir para madrugar al otro día.

El vallecaucano Luciano Rivera y Garrido cursó la secundaria durante la década de 1860 en Bogotá en el colegio de Pérez Hermanos, dirigido por Santiago Pérez. La faena en dicho colegio comenzaba a las cinco de la mañana con una pequeña oración, después los chicos tomaban un baño y pasaban al comedor o refectorio. Entre las siete y las nueve recibían clases de castellano, latín e idiomas extranjeros, geografía, aritmética, contabilidad, historia y ciencias políticas. También estudiaban álgebra, física, química, ciencias morales y jurídicas en el resto del día. No todos los alumnos concurrían al aula de clases al mismo tiempo. Mientras unos recibían clase, los demás permanecían en el salón de estudio, “vigilados incesantemente por dos pasantes, quienes se paseaban sin cesar en el extenso recinto de un extremo a otro”. El almuerzo se servía a las nueve, seguido de media hora de recreo. A eso de las diez se retomaban

<sup>3</sup> José Manuel Marroquín, (Bogotá, 1827–Bogotá, 1908), *Don José Manuel Marroquín íntimo, por su hijo Pbro. José Manuel Marroquín Osorio*, Bogotá, Arboleda y Valencia, 1915, p. 54.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 55–56.

las clases hasta la una de la tarde, cuando paraban a comer y tenían un segundo recreo. Volvían al estudio hasta las cinco, cuando salían al último descanso. Tomaban la merienda a las siete de la noche, para continuar haciendo tareas hasta las nueve y media, “hora precisa en que nos recogíamos.” Los domingos y los días festivos los estudiantes podían salir del colegio desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde.<sup>5</sup>

También en los años sesenta el bogotano Francisco de Paula Borda estudió derecho en el Colegio Universitario de Paredes e Hijos, en Piedecuesta, Santander. La jornada de estudio en ese plantel iba de seis de la mañana a ocho de la noche, con dos recreos en el día y las pausas de media hora para la alimentación. Las únicas salidas eran los jueves “a parajes determinados, cuyos suelos se estudiaban para la industria” y los domingos para ir a misa y a dar un corto paseo.<sup>6</sup>

La antioqueña Laura Montoya Upegui, alumna de la Escuela Normal de Medellín entre 1891 y 1893, cuenta en su *Autobiografía* que las alumnas podían ir a comulgar varias veces a la semana, pero como las jóvenes “aprovechaban la salida para entenderse con los novios”, les prohibieron esta salida

matutina. Después de mucha insistencia y súplicas, Laura obtuvo un permiso especial de la directora para salir a comulgar todos los días. Ella levantaba a sus condiscípulas faltando siete minutos para las cinco de la mañana, se bañaba y se vestía rápidamente para ir a la iglesia de San Francisco a comulgar a las cinco y cuarto; cuando regresaba al colegio hacían el llamado para el desayuno y todas las alumnas se formaban en fila por orden alfabético para ingresar al comedor. Asistían a clase de siete a diez, a esa hora repasaban las lecciones de las próximas materias. Luego de una pequeña pausa para descansar a las once de la mañana, continuaban en clases hasta las cuatro de la tarde, sólo interrumpían para comer. El resto de la tarde y la noche lo pasaban leyendo y haciendo las tareas para el día siguiente. Así trascurrieron “el día y todos los días” de Laura Montoya durante los tres años que fue alumna de la Escuela Normal.<sup>7</sup>

Hacia 1919 Alberto Lleras Camargo cursó la secundaria en calidad de interno en el Colegio del Rosario en Bogotá. En sus *Memorias* afirma que a pesar de haber pasado casi tres centurias desde la creación de esa institución (1653), las reglas y rutinas persistían intactas. Los alumnos internos se levantaban a

<sup>5</sup> Luciano Rivera y Garrido, (Buga, 1846 – Buga, 1899), *Memorias de un colegial*, Bogotá, Minerva, 1936, pp. 31, 49–50.

<sup>6</sup> Francisco de Paula Borda, (Bogotá, 1842 – Bogotá, 1927), *Conversaciones con mis hijos*, tomo I, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1974, p. 162.

<sup>7</sup> Laura Montoya Upegui (Jericó, 1874 – Medellín, 1949), *Autobiografía de la Madre Laura de Santa Catalina o Historia de las misericordias de Dios en un alma*, Medellín, Editorial Bedout, 1971, pp. 94–97.

las cinco de la mañana, y se dirigían “algunos, no todos, hacia la ducha”, un tormento, pues el agua helada los “hacía saltar de dolor, como una azotaina inclemente”. Después pasaban al refectorio a comer unos “panecillos ordinarios” y una “tonificante agua de panela” que los debía sostener hasta la hora del almuerzo.<sup>8</sup>

La rutina diaria de un alumno interno en la segunda década del siglo XX es descrita en forma detallada por el escritor santandereano Gonzalo Canal Ramírez. Hacia 1928 ingresó al Seminario de Pamplona, una institución donde los padres eudistas imponían una disciplina “eclesiástico–militar”, y a juzgar por el lenguaje del autor para referirse a los horarios, no se puede pensar otra cosa.<sup>9</sup>

A las cuatro y media de la madrugada sonaba una campana y un sacerdote entraba al dormitorio diciendo en voz alta: “viva Jesús”, frase a la que todos debían responder: “y María”. Oraban de cinco a cinco y media. De seis a siete asistían a misa. Luego tenían escasos quince minutos para desayunar y quince minutos de recreo. A las siete y media repasaban sus lecciones antes de entrar a clases durante tres horas seguidas, de ocho a once de la mañana. A

<sup>8</sup> Alberto Lleras Camargo, (Bogotá, 1906–1990), *Memorias*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores, 1997, pp. 173–174.

<sup>9</sup> Gonzalo Canal Ramírez, (Gramalote, Santander, 1916 – Bogotá, 1994), *Los días de la infancia*, Bogotá, Antares, 1972, 172 p.

las once pasaban al comedor a almorzar, mientras escuchaban la lectura del Santoral. En seguida tenían otro descanso de cuarenta y cinco minutos que por lo regular dedicaban a “la guerra”, un juego que consistía en “‘matarse’ mutuamente con una pequeña pelota de cuero muy duro, cuyo impacto arde y deja dolorosos verdugones”. Entre las doce y cuarto y las trece horas rezaban el *Ángelus*, recibían clase de música y de canto, de pie para no dormirse. Luego tenían cuarenta y cinco minutos de estudio, y otros quince para tomar “las onces”. En seguida recibían tres clases de las catorce a las diecisiete horas con una pausa de quince minutos para descansar. A esa hora les servían la comida, amenizada por la lectura de algún texto de historia. Después salían a recreo y volvían a rezar el *Ángelus* hasta las dieciocho. Por último rezaban el rosario, tomaban la cena a las dieciocho y media, oraban nuevamente, había meditación, lavado de pies, y finalmente, a las veintiuna y treinta se iban a dormir.<sup>10</sup>

El miércoles variaba la rutina: el juego de “la guerra” no era obligatorio ese día, además, la clase de canto era reemplazada por lectura libre, el autor que nos ocupa, cuenta que él dedicaba esos ratos a leer sus novelistas favoritos: “Salgari y Julio Verne, la colección de ‘Lejanas Tierras’ o volúmenes encuadernados de la revista ‘América Latina’ durante la guerra 1914–18. Después

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 152–153.



le cobré gusto al padre Luís Coloma y más tarde a Chateaubriand.” Ese día de la semana, entre las dos y las cinco de la tarde, los alumnos internos salían de paseo por las afueras de Pamplona. Los domingos también variaba la rutina. La “levantada” era a las seis en vez de ser a las cuatro y media de la mañana, el recreo era más largo, se revisaba el aseo personal de cada alumno, asistían a “misa pontifical” en la catedral, tenían una caminata en las horas de la tarde, y en la noche, otra vez “la deliciosa lectura libre.”<sup>11</sup>

La jornada de estudio de los alumnos externos era menos atareada. Hacia el decenio de 1840 los externos recibían clases de ocho a doce de la mañana y de dos a cinco de la tarde.

El boyacense Rafael Reyes consigna en sus *Memorias* algunos sucesos de sus años escolares, como el buen rendimiento académico que siempre lo ponía entre los primeros lugares de la clase, las riñas entre estudiantes y el liderazgo que él ejercía entre sus condiscípulos, el mismo que años después lo llevaría a ocupar altos cargos militares y la presidencia de la república (1904–1909). En 1864, Reyes ingresó al colegio que dirigía su tío, Zenón Solano, en Duitama, Boyacá, y por la misma época consiguió empleo como secretario del juzgado municipal y como maestro en la escuela elemental. La precaria situación económica de su fa-

milia lo obligó a costearse su propia educación, además de colaborar en el sostenimiento de su madre y hermanos. El horario de actividades que diariamente debía atender es excepcional si lo comparamos con el de un estudiante externo promedio. En sus propias palabras, entre los quince y los diecisiete años (1864–1866):

Distribuía así mi tiempo:

4 a.m. Me levantaba y estudiaba mis lecciones hasta las

6 a.m. que abría la escuela y estaba allí hasta las

9 a.m. que iba al colegio a mis clases hasta las

10 a 11 a.m. Almuerzo.

11 a.m. Escuela hasta las 3 p.m. A las

12 m. dejaba un segundo la escuela e iba a despachar el Juzgado hasta las

2 p.m. que volvía al colegio.

3 p.m. Salían los muchachos de la escuela y yo volvía al Colegio.

4 p.m. Comida.

5 a 6 p.m. Daba clases a un semi idiota, Leonidas Prado, hijo de un rico, a quien logré enseñarle las cuatro operaciones de la aritmética, lo que me valió el aplauso del rector del colegio mi tío Zenón Solano.

8 a 9 p.m. Rezábamos el rosario con mi madre y mis hermanos y

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 153–155.

leíamos alguna obra instructiva, generalmente la historia de la religión o historia antigua. Mi madre era muy amante de la lectura y a ella aprendí yo el gusto que tengo por ella.

9 a 12 p.m. Estudios para mis clases y también los del asunto del juzgado.

Dormía de las 12 a las 4 a.m., o sea cuatro horas y siempre me conservé sano y robusto.<sup>12</sup>

Las reminiscencias personales de la antioqueña Carmen Rosa de Barth nos dan una idea de cómo era el horario de un alumno externo de una escuelita rural a comienzos del siglo XX. Ella cursó las primeras letras en una escuela de Titiribí, Antioquia, donde las clases eran de siete a once de la mañana, y de una y media a cuatro de la tarde. Los sábados les tocaba la evaluación de las tareas y de la conducta, para lo cual los alumnos debían salir al patio formados en una fila mientras la maestra los llamaba uno por uno para informarles en público cual había sido el rendimiento de la semana, enseguida les recalca los buenos valores en una clase de urbanidad que dictaba “a pleno sol”. Por último les

examinaba los dientes, las uñas, la ropa interior, y si alguien tenía piojos y niguas, porque muchos

iban descalzos, la señorita se las sacaba y mataba los piojos con polvorrojo.<sup>13</sup>

Los ejemplos anteriores dan una idea de cómo trascurrían las jornadas diarias en las escuelas y colegios colombianos entre 1830 y 1930, tanto para alumnos internos como para los externos. Los testimonios sobre los centros de educación superior no especifican los horarios, pero según Francisco de Paula Borda, alumno interno de jurisprudencia en el Colegio Universitario de Paredes e Hijos, la rutina era similar a la de cualquier estudiante de secundaria de la época. Un universitario externo solía iniciar labores a las siete u ocho de la mañana, y terminaba entre las cuatro y cinco de la tarde.

### Educación moral y prácticas religiosas

Entre las actividades cotidianas de todo escolar figuran las prácticas religiosas, desarrolladas en la mayoría de los planteles educativos del país, ya fueran dirigidos por religiosos o por laicos.

José María Samper Agudelo (1828–1888), destacado político, literato y periodista, relata en su autobiografía los pormenores de su vida escolar, entre ellos resalta la austeridad de las actividades religiosas en la casa de educa-

<sup>12</sup> Rafael Reyes, (Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, 1849 – Bogotá, 1921), *Memorias, 1850–1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1986, pp. 23–24.

<sup>13</sup> Carmen Rosa de Barth, *Una vida de cualquiera*, Medellín, Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto, 1995, pp. 17–18.

ción donde él inició sus estudios secundarios en Bogotá hacia 1838. El plantel tenía un oratorio donde diariamente los alumnos rezaban el rosario, ahí mismo recibían misa todos los domingos de obligatoria asistencia, pues de lo contrario perdían el derecho al paseo dominical o el permiso para visitar la familia. Durante la cuaresma los jóvenes hacían unos “ejercicios espirituales, muy, muy severos y sostenidos con suma devoción” con el fin de prepararse para la confesión<sup>14</sup> y la comunión en la Semana Santa.

Las instituciones de educación superior seguían una disciplina religiosa similar. Según el cronista payanés José María Cordovez Moure en sus *Recuerdos autobiográficos*, mientras cursaba la carrera de jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá entre 1851 y 1852, en calidad de alumno interno, el rector los obligaba a rezar el rosario en “la misa diaria y antes de tomar el refresco, a las siete de la noche”. Unos días antes de la Semana Santa, los estudiantes acudían a la Iglesia de Santo Domingo a escuchar el sermón de la cuaresma y a prepararse para los ejercicios espirituales.<sup>15</sup>

Carlos Lleras Restrepo, alumno del Instituto de La Salle de Bogotá entre

1915 y 1924, considera que las obligaciones religiosas del escolar eran tan agobiadoras, que después de asistir “a misa todos los días durante nueve años”, él sentía haber rezado lo suficiente para el resto de su vida.<sup>16</sup>

Los centros educativos le daban mucha importancia a la educación moral de sus alumnos, hecho claramente documentado en las reminiscencias personales. Los testimonios de Francisco de Paula Borda y Gonzalo Canal Ramírez ilustran bien este tema. Borda estuvo matriculado en el Colegio del Espíritu Santo en Bogotá hacia 1852, donde permaneció cerca de dos años cursando el programa de filosofía y literatura. Uno de los objetivos del plantel era fortalecer las costumbres cristianas en sus alumnos por medio de la incesante lectura de obras místicas, la memorización de las máximas de la Iglesia católica contenidas en el catecismo del Padre Astete y el ejercicio de la “moral práctica”. Ésta última era bastante curiosa, pues estaba encaminada a reprimir cualquier indicio de deseo sexual entre los alumnos. Borda recuerda que en ese establecimiento “tan conservador y tan católico”:

No era permitido que los calzones tuvieran bolsillos y ¡ay! Del

<sup>14</sup> José María Samper (Honda, Tolima, 1828 – Anapoima, Cundinamarca, 1888), *Historia de un alma, 1834 a 1881*, vol. I, Bogotá, Editorial Kelly, 1943, p. 68.

<sup>15</sup> José María Cordovez Moure (Popayán, 1835 – Bogotá, 1918), *Reminiscencias. Recuerdos*

*autobiográficos*, Bogotá, Librería Americana, 1922, pp. 106–107.

<sup>16</sup> Carlos Lleras Restrepo (Bogotá, 1908–1994), *Crónica de mi propia vida*, tomo I, Bogotá, Stamato, 1983, p. 14.

que descansara los brazos con las manos bajo el cinturón. En la mesa, debíamos tener las manos encima de ella y un descuido le costaba no sé cuantas notas malas al estudiante. Al acostarnos venía uno de los pasantes a ver si teníamos o no las manos debajo de la cara, como era obligatorio. Todo esto era contraproducente, porque era una indecente sugestión que por fortuna no entendíamos aún los niños.<sup>17</sup>

Una experiencia similar vivió Gonzalo Canal Ramírez en el Seminario de Popayán. Aunque inicialmente él tuvo una inclinación al sacerdocio, pronto se dio cuenta que no estaba hecho para el celibato. Según sus maestros la castidad y la virginidad eran las principales virtudes de toda persona, y

los pecados de la carne eran los mayores, los nefastos, los abominables y constituían casi ‘el pecado’ por antonomasia. Toda la ley de Dios para nosotros parecía reducirse al precepto de ‘no fornicar’ [...] No sabíamos qué hacer con nuestro cuerpo del ombligo para abajo, perdidos en una maraña conceptual y mística donde no distinguíamos bien entre los significados de inocencia, castidad, virginidad y pureza.<sup>18</sup>

A los religiosos les obsesionaba el tema de la castidad, y le tenían pavor a la inclinación de los muchachos por al-

guien de su mismo sexo. Eran rotundamente prohibidas “las amistades particulares”, o “tener chivo”, como se designaban estas relaciones en El Mosquito, una vereda de Chinácota, Norte de Santander, donde residían los padres de Gonzalo Canal. En sus memorias comenta que el homosexualismo era un fenómeno inevitable en los internados, incluso entre los religiosos, quienes castigaban tan fuerte estos actos que lo “convertían en propaganda”. Este autor recuerda haber tenido varios “pretendientes”, pero nunca fue castigado por las “amistades particulares” sino por la violencia con que las ahuyentaba.<sup>19</sup>

### El refectorio

Entre las actividades diarias de un alumno interno, los autores de las memorias autobiográficas suelen dedicar varios párrafos a describir los comedores escolares. José María Cordovez Moure refiere algunas anécdotas relacionadas con la alimentación que recibían los estudiantes. De su paso por el colegio de los jesuitas de Bogotá a mediados de la década de 1840, comenta que el “aforismo espartano de que el hambre es el mejor aperitivo” parecía ser la base del cocinero para servir platos pequeños y “detestables”, exceptuando una torta de pan muy apetecida por los colegiales, reservada por ellos para el final de la comida. Al comedor, comúnmente conocido como el “refectorio”, se ingresaba en estricta fila.

<sup>17</sup> Borda, *Op. cit.*, tomo I, p. 105.

<sup>18</sup> Canal Ramírez, *Op. cit.*, p. 165.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 165–166.

Mientras comían, los alumnos debían prestar atención a la lectura que hacía algún compañero. A veces, de improviso, eran interrogados por uno de los pasantes encargados de vigilar el comedor, y si no contestaban acertadamente perdían el derecho a ingerir la comida restante. Además, “cuando se oía en el refectorio la terrible palabra *basta*”, debían pararse y dejar de masticar de inmediato. En una ocasión el jesuita vigilante dijo “basta” sin que los alumnos se hubieran comido el apetecido pan; al día siguiente el almuerzo fue una sopa de pan mal condimentada que ninguno comió. Para sorpresa de todos, en la noche, “la repudiada sopa de pan continuaba irreductible”, pero a esas alturas el dilema era tomarla o reventar de hambre.<sup>20</sup>

El panorama alimenticio no era muy distinto en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde Cordovez Moure estudió jurisprudencia entre 1851 y 1852. En dicha institución la comida para los alumnos internos y los empleados se contrataba por medio de una licitación pública. En cierta ocasión el contrato fue otorgado a unas señoras que “materialmente nos pusieron a ración de hambre, con el aditamento de presentar abominables viandas en platones de barro para que cada cual se sirviera en la mesa”. La protesta de los jóvenes llegó a oídos del rector, Rafael Rivas Mejía, quien al día siguiente se apareció personalmente a la hora del almuerzo. Des-

pués de observar los platones de barro les dirigió el siguiente discurso:

“Señores alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario:

Para los efectos de alimentación y alojamiento, este plantel es asimilable a los hoteles o posadas, de donde tiene libertad para irse a otra parte el huésped que no se halle satisfecho.” Y sin esperar más razones ni argumentos, nuestro buen rector giró sobre los talones, nos volvió las espaldas y salió campante del comedor.<sup>21</sup>

A juzgar por los testimonios de otros autores de las reminiscencias personales, no todos los planteles educativos seguían las mismas pautas. El joven vallecaucano Luciano Rivera y Garrido recuerda que la alimentación en el Colegio de Pérez Hermanos en Bogotá, donde él cursó la secundaria hacia 1860, era sana y abundante. Aunque también había pasantes que vigilaban la conducta de los alumnos mientras comían, no estaban para reprenderlos sino para mejorar sus hábitos en la mesa:

Si un niño mordía el pan, llevándolo entero a la boca; si introducía en ella un cuchillo; si tomaba las viandas con los dedos; si producía ruido con los labios al sorber los líquidos, al punto se acercaba con disimulo al alumno chabacano y con buenos modos y profiriendo algún chiste, para qui-

<sup>20</sup> Cordovez Moure, *Op. cit.*, pp. 48–49.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 104.

tar a la lección la amargura que pudiera contener, le enseñaba la manera correcta de proceder en esos casos.<sup>22</sup>

Según el barranquillero Julio Palacio, los horarios de las comidas eran similares no sólo en la mayoría de los colegios y universidades, sino también en los albergues estudiantiles y en los hogares capitalinos. Él fue matriculado como alumno interno de la Universidad Republicana de Bogotá entre 1891 y 1893, allí les servían el desayuno entre las seis y las siete de la mañana, el almuerzo a las diez y media, “las onces” a eso de las dos de la tarde, la comida de cuatro a cinco, y el refresco a las siete de la noche.<sup>23</sup> Como vimos en los testimonios de Alberto Lleras Camargo y Gonzalo Canal Ramírez, ese horario permaneció vigente durante las tres primeras décadas del siglo XX. Así mismo, la lectura de obras místicas o de historia patria durante las comidas parece haber sido algo usual. Lleras Camargo cuenta que mientras estuvo matriculado en el Colegio del Rosario (ca. 1919), fue el encargado de la lectura en el refectorio en varias oportunidades. Lo hacía “con la mejor buena fe, tratando de hacer amable e interesante el texto”, que por lo general era la *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada* de José Manuel Groot. Los relatos “picantes” de ese libro, “casi excepcionales”, eran acentuados por el joven lector para brindarle a sus compañeros una diversión

<sup>22</sup> Rivera y Garrido, *Op. cit.*, p. 34.

al invariable menú de todos los días: caldo de hierbas y “raíces criollas”, arroz, fríjoles, papas, y “postre de trapiche” con leche cuajada.<sup>24</sup>

Gonzalo Canal detalla los platos que componían las comidas diarias; al igual que Alberto Lleras, se queja de la dieta inmodificable que servían en el Seminario de Pamplona. Al desayuno caldo de papas, “café de habas” y “pan de agua”; de almuerzo, sopa de cereales, arroz, papas blancas o yuca, y “unos granos de carne”; “las onces”, eran una taza de “café de arvejas” con un “pan de agua”; a la comida repetían sopa de cereales, acompañada de arroz, papas y pepinos rellenos. De postre les daban un plato de miel de panela. La cena o refresco era un pan aliñado con una taza de agua de panela. Los miércoles el “café de arvejas” se cambiaba por un “dulce de platico”, y los domingos, la sopa de cereales se reemplazaba por un plato de mute o “sopa de varias carnes”, y de postre les daban las únicas frutas que comían en toda la semana: una naranja y un banano.<sup>25</sup>

### Los solemnes actos públicos de fin de año

La actividad más importante en la vida de los estudiantes de todos los planteles educativos, eran las evaluaciones

<sup>23</sup> Julio H. Palacio, *Historia de mi vida*, Bogotá, Librería Colombiana / Camacho Roldán & Cía., 1942, p. 13.

<sup>24</sup> Lleras Camargo, *Op. cit.*, pp. 170–171.

<sup>25</sup> Canal Ramírez, *Op. cit.*, pp. 152–153, 155.

o “actos de conclusiones” como se designaban los exámenes al finalizar el año escolar. Florentino González y Juan Francisco Ortiz describen las solemnes “*conclusiones*” que se llevaban a cabo hacia el decenio de 1820 en la capital, en el colegio de San Bartolomé. Tres meses antes de terminar el año, los profesores elegían al mejor estudiante de cada materia para que representara al grupo en las sesiones públicas de los exámenes finales. González comenta que esas pruebas representaban un pequeño costo para el estudiante. No especifica cuánto, pero dice que él renunció a ese compromiso y especie de reconocimiento, cuando fue seleccionado para sostener el examen de aritmética, debido a la difícil situación económica que atravesaba entonces su familia.<sup>26</sup>

Los actos públicos de final de año eran un evento social de gran importancia. Concurrían las directivas, docentes y alumnos del colegio, los padres de familia, dirigentes políticos, en el caso de Bogotá, eventualmente asistía el presidente o el vicepresidente de la república, algunos representantes a la cámara, ministros, militares y altos prelados. La sesión se amenizaba con actos musicales, discursos, entrega de premios, y por supuesto, con el interrogatorio público a los alumnos más destacados. Juan Francisco Ortiz cuenta que él fue examinado en geografía esférica y principios de astronomía por Manuel Baños, un “orador famoso de la cámara de represen-

tantes”. Afortunadamente ni él ni sus compañeros se “pifiaron” en las respuestas. La ocasión se prestaba para exhibir las últimas adquisiciones del respectivo plantel educativo, bien fueran libros o instrumentos para el estudio de física u otras asignaturas.<sup>27</sup>

La tradición de celebrar certámenes públicos en las escuelas, colegios y universidades del país, se mantuvo a lo largo del siglo XIX y durante los primeros años del XX. Hacia 1860 Francisco de Paula Borda presentó sus exámenes finales en el Colegio Universitario de Paredes e Hijos, ante la presencia de “unas trescientas o cuatrocientas personas”, pues según cuenta, en esos días la población de Piedecuesta prácticamente se duplicaba con la gente que llegaba de las afueras. Borda fue elegido para pronunciar tres discursos ese día, uno a nombre del colegio, “otro sobre la literatura francesa, escrito y pronunciado en francés”, y el último, una respuesta a una pastoral publicada por el obispo de Pamplona, José Luís Niño, en contra de ese colegio.<sup>28</sup>

Según el caleño Andrés Lenis (1877–1962), alumno del colegio de Santa Librada en Cali hacia 1892, las directivas se preparaban con tiempo para deslum-

<sup>27</sup> Juan Francisco Ortiz, (Bogotá, 1808 – 1875), *Reminiscencias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, pp. 87–88. Véase, Evelyn Ahern, “El desarrollo de la educación en Colombia: 1820–1850”, en: *Revista Colombiana de Educación*, No. 22-23, Bogotá, 1991. pp. 29, 44.

<sup>28</sup> Borda, *Op. cit.*, p. 139.

<sup>26</sup> González, *Op. cit.*, pp. 73–74.

brar a la población en la “sesión solemne” de la clausura del año escolar. Él recuerda el esmero de los Hermanos Maristas por satisfacer con esas pruebas a los padres de familia por haberles confiado la educación de sus hijos.<sup>29</sup>

En la década de 1910 varios de los autores que nos ocupan presentaron los exámenes finales en sus respectivos colegios en las ciudades de Medellín, Manizales, Istmina, Sasaima, Bogotá y Tunja. La antioqueña Sofía Ospina de Navarro, conocida escritora de cuentos, crónicas y libros de cocina, recuerda que esos certámenes ponían a los estudiantes a “sudar petróleo”.<sup>30</sup> El susto valía la pena, pues aquellos alumnos que salían bien librados recibían distinciones y premios. Según los testimonios de Blanca Isaza de Jaramillo y de Ramón Mosquera Rivas, los profesores calificadores les regalaban libros a los mejores estudiantes. Mosquera resalta que no se trataba de “cualquier librito de cuentos”, sino de obras maestras de la literatura universal como *Don Quijote de la Mancha*, *La Divina Comedia*, *La Iliada*, o algunos diccionarios o novelas como *Robinson Crusoe*.<sup>31</sup>

En los planteles femeninos, los actos públicos usualmente versaban sobre poesía, canto, costura, religión e historia

patria. Isaac Gutiérrez Navarro en *La luz de una vida*, evoca hacia 1912 a su madre, directora de la escuela pública de Sasaima, Cundinamarca, preparando cuidadosamente a las niñas para los exámenes al final de cada año lectivo. Ese día las menores acudían “ataviadas con su traje dominguero, muy aseadas y bien arregladitas”. Al evento concurrían las principales familias de la localidad y el señor alcalde, a quienes la directora dirigió un emotivo discurso que Canal Ramírez reproduce en buena parte:

Mi mayor interés ha sido el de enseñarles obras manuales de costura, que mucho les servirá en sus hogares; enseñarles detenidamente lo concerniente a nuestra santa religión, para que aprendan sus deberes para con Dios, bendiciéndole, amándole y sirviéndole, y enseñarles la Historia Patria, para que aprendan a valorar lo que fueron esos ángeles tutelares y luchadores infatigables [...]<sup>32</sup>

Para comprender mejor la atmósfera que rodeaba esos solemnes actos públicos, vale la pena citar a Carlos Lleras Restrepo:

La premiación en el Instituto de La Salle era un acto solemnisimo; regularmente asistían a él el Arzobispo Primado y el Ministro de Instrucción Pública. El Presiden-

<sup>29</sup> Andrés J. Lenis, (Cali, 1877–1962), *Crónicas de Cali viejo*, Cali, Litolenis, 1979, p. 95.

<sup>30</sup> Sofía Ospina de Navarro, (Medellín, 1892–1974), *La abuela cuenta*, Medellín, Colección de Autores Antioqueños, 2000, 100 p.

<sup>31</sup> Blanca Isaza de Jaramillo Meza, (Abejorral, 1898 – Manizales, 1967), *Del lejano ayer*, Manizales,

Imprenta Departamental, 1951, p. 34. Ramón Mosquera Rivas, *Recuerdos de un hijo de mineros*, Medellín, Editorial Difusión, 1985, p. 20.

<sup>32</sup> Isaac Gutiérrez Navarro, *La luz de una vida*, Bogotá, Editorial A.B.C., 1949, pp. 66–68.



te de la República y el Arzobispo enviaban cada uno un premio para el mejor bachiller en Ciencias o en Filosofía. Cuando yo me gradué en 1924, Ernesto Morales Bárcenas se llevó el premio de Ciencias que había enviado el Arzobispo, y a mí me correspondió como primer bachiller en Filosofía el del Presidente que era mucho menos bueno. De todas las premiaciones salíamos cargados con libros, medallas o menciones de honor.<sup>33</sup>

Los exámenes de fin de año escolar no eran los únicos a los que estaban sometidos los estudiantes. También existían las pruebas semanales o “sabatinas”. Aquileo Parra comenta en sus *Memorias, 1825–1875*, que en dichas pruebas cada estudiante podía corregir al condiscípulo que se hubiera equivocado en la respuesta, e incluso le podía suministrar un ferulazo en castigo.<sup>34</sup> Después de 1843 cuando se aprobó el plan de estudios de Mariano Ospina Rodríguez, la disciplina y el rigor en los estudios aumentó notoriamente. Los alumnos pasaron a tener exámenes semanales, semestrales y anuales, exámenes para grados y certámenes públicos. José María Samper explica que la intención del gobierno era sembrar en los estudiantes la sana competencia y la superación académica.<sup>35</sup>

Para obtener un grado universitario en jurisprudencia, los alumnos debían aprobar un largo examen sobre todas las materias que habían visto durante la carrera, en presencia de profesores de la universidad y otros evaluadores externos. Quienes aprobaban recibían el grado de doctor en jurisprudencia, y una vez completadas unas horas prácticas en los juzgados recibían el título de abogados.

El gobierno liberal de José Hilario López abolió en 1850 los grados universitarios, desde esa fecha hasta 1870 los estudiantes que concluían los estudios profesionales no recibían grado sino “una especie de certificado”.<sup>36</sup> En adelante, los estudiantes obtenían el grado luego de aprobar el examen final y después de sustentar públicamente una tesis sobre algún tema relacionado con la carrera, con una aprobación previa del “presidente de tesis”. Pocos autores mencionan las tesis de grado que presentaron en sus respectivas universidades. En 1891 la Universidad Nacional de Bogotá le confirió el título de médico y cirujano al antioqueño Jaime Mejía Mejía por su investigación sobre la “Úlcera redonda del estómago”; Ramón Mosquera Rivas se graduó como ingeniero en la Escuela Nacional de Minas de Medellín en 1935, con su estudio del “Istmo de San Pablo”, y hacia 1922, Gertrudis Peñuela de Segura se graduó de maestra en el colegio La Presenta-

<sup>33</sup> Lleras Restrepo, *Op. cit.*, pp. 16–17.

<sup>34</sup> Aquileo Parra, (Barichara, Santander, 1825 – Pacho, Cundinamarca, 1900). *Memorias, 1825–1875*, Bogotá, editorial Incunables (Edición facsimilar, 2ª ed.), 1982, pp. 28–31.

<sup>35</sup> Samper, *Op. Cit.*, vol. I, pp. 120–122.

<sup>36</sup> Véase Jaramillo Uribe, *Op. cit.*, pp.308–309; Borda, *Op. cit.*, pp. 401–402.

ción de Tunja, con una tesis sobre pedagogía.

### Las excursiones escolares

Varios establecimientos incluían dentro de la vida escolar unas horas para caminar o pasear en las afueras de la respectiva localidad. La idea era ejercitar el físico de los estudiantes y poner a los jóvenes en contacto con la naturaleza para explicarles, a partir de la observación directa, algunos rudimentos de geografía, agricultura, botánica e historia. José Manuel Marroquín, José María Samper y José María Cordovez Moure, alumnos del colegio de los jesuitas de Bogotá a mediados del siglo XIX, mencionan los paseos escolares a los cerros de Monserrate y Guadalupe, o a Usaquén, Fontibón y Bosa. Tales salidas eran largas caminatas a pie, a las que los estudiantes iban aprovisionados de “un pedazo de carne fría con pan”. Los profesores los vigilaban constantemente para impedirles la entrada a “las ventas” que encontraban en el camino. Salían del colegio en estricta formación y completo silencio, pero cuando llegaban al monte podían conversar y caminar libremente. Usualmente estos paseos duraban toda la tarde, en algunos casos un día completo. Al final de la jornada, “extenuados de cansancio”, debían ir al salón de estudio y repasar las materias del día siguiente hasta que llegara la hora de acostarse.<sup>37</sup>

Rafael Reyes, Blanca Isaza de Jaramillo, Carlos Lleras Restrepo y Gonzalo Canal Ramírez mencionan en sus memorias los paseos o excursiones escolares,

pero desafortunadamente ninguno de ellos entra en mayores detalles.

Francisco de Paula Borda recuerda que en el Colegio Universitario de Paredes e Hijos, en Piedecuesta, Santander, todos los jueves los llevaban a parajes escogidos previamente por los maestros, con el objeto de estudiar los suelos, los árboles y sus frutos en relación con la industria, la geología, la agricultura y la botánica.<sup>38</sup>

Las excursiones escolares organizadas en el colegio Gimnasio Moderno de Bogotá son descritas por Eduardo Caballero Calderón en sus *Memorias infantiles, 1916–1924*. En la clase de geografía él recibió “unas lecciones llamadas ‘estudio de la realidad’, en el monte a la orilla de unos chircales vecinos al colegio”. Allí construían penínsulas, cabos, golfos, islas y archipiélagos. En esas salidas los alumnos coleccionaban piedras, mariposas y disecaban hojas cuyos nombres en latín se aprendían de memoria. También salían del colegio con el profesor de historia, Tomás Rueda Vargas, quien les enseñaba historia patria mientras caminaba con ellos por los caminos que recorrieron los héroes colombianos en las batallas de la independencia.<sup>39</sup> Las excursiones del Gimnasio Moderno trascendieron la mera faceta práctica de algunas materias.

<sup>37</sup> Cordovez Moure, *Op. cit.*, pp. 49–50.

<sup>38</sup> Borda, *Op. cit.*, pp. 136–139, 162.

<sup>39</sup> Eduardo Caballero Calderón, (Bogotá, 1910–1993), *Memorias infantiles, 1916–1924*, Medellín, Bedout, 1964, pp. 81–82, 168–170.

Recientemente fue publicado un bello libro escrito por Nicolás Sanz de Santamaría (1912–1997), un joven bogotano que en 1927 participó en una de las excursiones del Gimnasio Moderno. El libro titulado *Relato de un viaje por el Río Magdalena, Panamá y Costa Rica. Excursión del Gimnasio Moderno 1927*, relata los pormenores del viaje y la apreciación del autor sobre el paisaje, la cultura, las costumbres y la economía de los pueblos y ciudades que visitó en compañía de sus discípulos, varios profesores y el director de esa institución, el célebre pedagogo Agustín Nieto Caballero. Esta fue una travesía sin precedentes entre las salidas escolares realizadas en el país hasta ese momento.<sup>40</sup>

El itinerario comenzó el 8 de abril de 1927, con un tramo en tren desde Bogotá hasta la estación de La Tribuna. De allí siguieron a pie hasta Honda, pasando por Villeta y Guaduas. En este último pueblo se detuvieron a conocer la casa donde nació la heroína Policarpa Salavarrieta, “la cual no tiene nada de particular pues es un ranchito muy pequeño, que de importante no tiene sino haber sido la morada de la inolvidable Pola.” En Honda tomaron el tren hasta La Dorada, donde se embarcaron en el vapor “Antioquia” para seguir el viaje por el río Magdalena. Pasaron la noche

<sup>40</sup> Nicolás Sanz de Santamaría, *Relato de un viaje por el Río Magdalena, Panamá y Costa Rica. Excursión del Gimnasio Moderno 1927*, Bogotá, El Navegante Editores, 2003.

en Puerto Berrío. A Nicolás éste pueblo le pareció bonito, organizado y con buenos hoteles. El siguiente destino fue Barrancabermeja. Allí visitaron una fábrica de cajas y latas (no cita el nombre), que impresionó a la mayoría de los jóvenes por la tecnología tan moderna que utilizaba y el alto volumen de producción. Hicieron paradas en Puerto Wilches, El Banco y en Magangué. Siguieron por tierra hasta Corazal, donde fueron recibidos con un baile. Nicolás comenta que las mujeres de esa región eran “muy frías y muy calladas, lo único que dicen es ‘*que va*’, por eso es muy desagradable bailar pues es muy monótono y no se puede apreciar bien a la muchacha”. Aún así se quedaron en la fiesta hasta las 3 de la mañana.<sup>41</sup>

Los excursionistas del Gimnasio Moderno eran halagados y colmados de atenciones en todas las poblaciones que visitaban a su paso. En Sincelejo por ejemplo, se reunió un gentío en la plaza principal y hubo discursos por parte de los más distinguidos señores y señoras de esa localidad, quienes le entregaron una tarjeta de oro a don Agustín Nieto Caballero en honor de su visita y la de sus discípulos. Luego los agasajaron con un baile, esta vez con muchachas “muy bonitas y que bailaban muy bien”. De igual forma los recibieron en Sampués, Chinú, Sahagún, Ciénaga de Oro y Cereté. En su paso por Montería visitaron la hacienda “Marta Magdalena”, “la más grande de Bolívar”, pro-

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 18–30.

piedad del expresidente Pedro Nel Ospina, que para ese entonces tenía 14.000 hectáreas y cerca de 30.000 cabezas de ganado de ceba.<sup>42</sup>

Continuaron en automóvil hasta la bahía de Cispatá, lugar donde muchos de estos jóvenes conocieron el mar. El guardacostas “Boyacá” los llevó hasta Coveñas y luego a Cartagena. En esta ciudad pasaron dos días conociendo los principales sitios históricos como el castillo de Bocachica, las murallas, el templo de San Pedro Claver; y algunas industrias como el ingenio azucarero de Sincerín y el oleoducto que llevaba el petróleo desde Infante, Barrancabermeja, hasta los buques en Cartagena. Luego siguieron a Barranquilla por tierra, “viaje que es muy pesado pues hay mucho pueblo y la carretera es regular”. Sanz menciona el dinamismo comercial e industrial de esa ciudad, con sus inmensas fábricas de tejidos, cervezas y acerías; una ciudad con “varios colegios como el del padre Urrutia, la Salle de señoritas donde pasamos un rato agradable, igualmente estuvimos en la Gabriela Mistral, donde con varios números nos divertieron toda la noche.”<sup>43</sup>

En su paso por la ciudad de Santa Marta, los excursionistas del Gimnasio Moderno visitaron la quinta de San Pedro Alejandrino y fueron hasta Aracataca a conocer los cultivos bananeros de esa región:

La región bananera cuenta con 24.000 hectáreas de las cuales 11.000 son de la United [Fruit Company] y el resto de particulares. La mata del banano se produce de una cepa que da varios hijos, los cuales los separan y los colocan como a un metro de distancia. Estas matas cosechan durante varios años y luego que están viejas las reemplazan. Cada racimo de banano cuesta en Colombia de 40 a 50 centavos, lo más es 90 y lo venden en los EE.UU a 5 pesos cada uno, es un negocio bastante productivo.<sup>44</sup>

El buque americano “Trinives” los llevó de Santa Marta a Colón, Panamá, ciudad donde estuvieron poco tiempo pues se embarcaron directo a Puerto Limón, Costa Rica. En la capital costarricense, San José, tuvieron una cálida bienvenida. Dicha ciudad y sus alrededores causaron una buena impresión en Nicolás Sanz y sus compañeros; visitaron varias escuelas y colegios, las principales plazas, el teatro, algunas plantaciones de café, entre otros atractivos de ese país. De regreso en Panamá, visitaron la capital, una ciudad que tenía “un movimiento extraordinario pues basta decir que tiene como 8.000 automóviles”, con grandes almacenes donde los colegiales colombianos aprovecharon e hicieron algunas compras. Fueron al canal de Panamá, donde les explicaron el funcionamiento de las esclusas. Después de veinte días en tierras extranjeras

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 30–34.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 36–44.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 50.

retornaron a Colombia por el océano Pacífico, hasta llegar al puerto de Buenaventura. En el camino hacia Bogotá pasaron por Cali, Palmira, Buga, Bugalagande, El Zarzal, Armenia, Calarcá, Cajamarca e Ibagué. Así terminó el viaje de este grupo de veinte estudiantes y cinco miembros del profesorado del Gimnasio Moderno, que por cerca de dos meses recorrieron gran parte del territorio colombiano y algunas poblaciones de Panamá y Costa Rica.<sup>45</sup>

Esta excursión tuvo repercusión a nivel nacional y probablemente sirvió de modelo a otras instituciones educativas que en años posteriores se preocuparon por impartirle a sus alumnos el “estudio de la realidad”, mediante la observación del paisaje, las costumbres, la cultura y las actividades económicas de las distintas localidades del país. El chochoano Ramón Mosquera Rivas narra en sus memorias, *Recuerdos de un hijo de mineros*, las salidas que realizó a distintos pueblos de Antioquia e incluso fuera del departamento durante el estudio de ingeniería civil en la Escuela Nacional de Minas. Ya fuera en tren, a caballo o a pie, dichos viajes lo llevaron a él y a sus compañeros a conocer la explotación minera en los municipios de Alejandría, Titiribí, Segovia y Frontino. Realizaron dos excursiones a nivel interregional, una a la Intendencia del Chocó en 1934 y otra a los departamentos de Cundinamarca, Boyacá, los dos Santanderes y parte de la frontera con

Venezuela en 1935. Al igual que los excursionistas del Gimnasio Moderno, los universitarios de la Escuela Nacional de Minas fueron recibidos con grandes atenciones en cada población que visitaron: fiesta de recepción, hospedaje y comida gratis, pues los gastos corrían por parte de las autoridades locales, interesadas en colaborar con el estudio de las actividades mineras y las condiciones geológicas de su región.<sup>46</sup>

Todas las rutinas escolares reflejan la estricta disciplina observada en los planteles educativos. Cada actividad era vigilada en forma rigurosa, desde “la levantada”, pasando por el “registro de uñas”, hasta la postura de las manos en el cuerpo. Acciones tan simples como presentar un examen o consumir los alimentos en el “refectorio” eran aparatosas. El año lectivo de los alumnos internos y externos, bien fuera en la primaria, la secundaria o la universidad, se repartía entre tareas, lecturas, pruebas, oraciones, algunos ratos de esparcimiento, y eventuales salidas de las aulas de clase a conocer los recursos naturales y las costumbres del país.

## Fuentes y Bibliografía

### Fuentes primarias

Diarios íntimos, memorias autobiográficas y reminiscencias personales.

Barth, Carmen Rosa de, *Una vida de cualquiera*, Medellín, Fondo Edit-

45 *Ibid.*, pp. 52–88.

46 Mosquera Rivas, *Op. cit.*, pp. 73–90.

- rial Biblioteca Pública Piloto, 1995, 280 p.
- Borda, Francisco de Paula (Bogotá, 1842–Bogotá, 1927), *Conversaciones con mis hijos*, tomo I, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1974.
- Caballero Calderón, Eduardo (Bogotá, 1910–1993), *Memorias infantiles, 1916–1924*, Medellín, Bedout, 1964, 251 p.
- Canal Ramírez, Gonzalo (Gramalote, Santander, 1916 – Bogotá, 1994), *Los días de la infancia*, Bogotá, Antares, 1972, 172 p.
- Cordovez Moure, José María (Popayán, 1835 – Bogotá, 1918), *Reminiscencias. Recuerdos autobiográficos*, Bogotá, Librería Americana, 1922, 385 p.
- Gutiérrez Navarro, Isaac, *La luz de una vida*, Bogotá, Editorial A.B.C., 1949, 636 p.
- Isaza de Jaramillo Meza, Blanca (Abejorral, 1898–Manizales, 1967), *Del lejano ayer*, Manizales, Imprenta Departamental, 1951, 346 p.
- Lenis, Andrés J. (Cali, 1877–1962), *Crónicas de Cali viejo*, Cali, Litolenis, 1979, 368 p.
- Lleras Camargo, Alberto (Bogotá, 1906–1990), *Memorias*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores, 1997, 269 p.
- Lleras Restrepo, Carlos (Bogotá, 1908–1994), *Crónica de mi propia vida*, tomo I, Bogotá, Stamato, 1983.
- Marroquín, José Manuel (Bogotá, 1827 – Bogotá, 1908), *Don José Manuel Marroquín íntimo, por su hijo Pbro. José Manuel Marroquín Osorio*, Bogotá, Arboleda y Valencia, 1915.
- Montoya Upegui, Laura (Jericó, 1874–Medellín, 1949), *Autobiografía de la Madre Laura de Santa Catalina o Historia de las misericordias de Dios en un alma*, Medellín, Editorial Bedout, 1971, 979 p.
- Mosquera Rivas, Ramón, *Recuerdos de un hijo de mineros*, Medellín, Editorial Difusión, 1985, 229 p.
- Ortiz, Juan Francisco (Bogotá, 1808 – 1875), *Reminiscencias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, 307 p.
- Ospina de Navarro, Sofía (Medellín, 1892–1974), *La abuela cuenta*, Medellín, Colección de Autores Antioqueños, 2000, 100 p.
- Palacio, Julio H. *Historia de mi vida*, Bogotá, Librería Colombiana / Camacho Roldán & Cía., 1942, 345 p.
- Parra, Aquileo (Barichara, Santander, 1825 – Pacho, Cundinamarca, 1900), *Memorias, 1825–1875*, Bogotá, editorial Incunables (Edición facsimilar, 2ª ed.), 1982, 747 p.
- Reyes, Rafael (Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, 1849 – Bogotá, 1921), *Memorias, 1850–1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1986, 303 p.

- Rivera y Garrido, Luciano (Buga, 1846 – Buga, 1899), *Memorias de un colegial*, Bogotá, Minerva, 1936, 141 p.
- Samper, José María (Honda, Tolima, 1828 – Anapoima, Cundinamarca, 1888), *Historia de un alma, 1834 a 1881*, vol. I, Bogotá, Editorial Kelly, 1943.
- Sanz de Santamaría, Nicolás, *Relato de un viaje por el Río Magdalena, Panamá y Costa Rica. Excursión del Gimnasio Moderno 1927*, Bogotá, El Navegante Editores, 2003.
- Fuentes secundarias**
- Ahern, Evelyn Jeanne Goggin, “El desarrollo de la educación en Colombia: 1820–1850”, *Revista Colombiana de Educación*, No. 22–23, Bogotá, 1991, pp. 5–88.
- Helg, Aline, *La educación en Colombia, 1918–1957. Una historia social, económica y política*, Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1987, 334 p.
- Herrera, Martha Cecilia, “La educación en la historia de Colombia”, *Gran Enciclopedia de Colombia*, tomo V, *Cultura*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1992, pp. 61–74.
- Jaramillo Uribe, Jaime, “El proceso de la educación, del virreinato a la época contemporánea”, *Manual de Historia de Colombia*, tomo III, Bogotá, Colcultura, 1980, pp. 249–337.
- Londoño Vega, Patricia, “Educación femenina en Colombia, 1780–1880”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No.37, Vol. 31, Bogotá, 1994, pp. 21–59.
- Rausch, Jane M, *La educación durante el federalismo. La reforma escolar de 1870*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo / Universidad Pedagógica Nacional, 1993, 228 p.
- Safford, Frank, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional / El Áncora Editores, 1989, 412 p.
- Silva, Renán, “La educación en Colombia. 1880–1930”, *Nueva Historia de Colombia*, tomo IV, Bogotá, Editorial Planeta, 1989, pp. 61–86.
- Zuluaga, Olga Lucía, “Escuelas y colegios durante el siglo XIX”, *Historia de Antioquia*, Medellín, Suramericana, 1988, pp. 355–362.